

LOS SIGLOS BAJOMEDIEVALES

(s. XIV—XV)

1. Población y economía en la Baja Edad Media

La crisis económica y social de la baja Edad Media

El *hambre*, la *peste* y la *guerra* constituyeron hechos catastróficos para una demografía europea particularmente sensible a todo tipo de embestidas. La **crisis de subsistencias**, provocada por cambios en las condiciones climáticas y el agotamiento de los suelos menos propicios, fue la primera en aparecer. La producción cerealista, base de la alimentación del hombre medieval, se redujo drásticamente y sus efectos más sensibles se producirán en el medio urbano y en las capas más miserables del campesinado. La **guerra**, en cambio, fue casi siempre algo familiar, aunque en esta época destaca la Guerra de los Cien Años, que agotaría a Inglaterra y a amplias regiones de Francia. La **peste negra** se uniría a esta serie de calamidades que, al actuar sobre poblaciones debilitadas, tendría efectos catastróficos. La brusca contracción demográfica llevará a la conversión en zonas de pasto de muchas tierras marginales y a la desaparición de muchos pequeños núcleos de población.

Estas calamidades incidieron de forma decisiva en las estructuras socioeconómicas del mundo rural. Los poderes públicos tratarán de frenar, ineficazmente, las oscilaciones sufridas por precios y salarios producidas por todas ellas. La *inquietud* del **campesinado**, provocada no sólo por estas alteraciones sino también por el desgaste de la guerra y la progresiva presión fiscal, se traduciría en una serie de **conmociones** que llevarán a cabo muchas veces de la mano de burgueses y artesanos, y que, como en la *jacquerie* francesa o la de los trabajadores ingleses, estarán dirigidas contra el poder establecido en un intento de destruir los vestigios de un régimen señorial caduco. A la larga, estas rebeliones serían duramente reprimidas, pero el *furor campesino* lograría permanecer y extenderse en zonas relativamente pacíficas como Bohemia (revuelta *husita*), Alemania, reinos hispánicos, etc. Estas **conmociones** supusieron un golpe de muerte al sistema de producción de **signo dominical**, reforzando, entre otras cosas, los arrendamientos por tiempo limitado. Por otra parte, la gran despoblación llevará consigo la readaptación del **aprovechamiento del suelo**, en la que será habitual que la burguesía se una a la nobleza como principal propietaria. La racionalización de los cultivos, en función de mercados y posibilidades de exportación, llevará a una mayor difusión de los frutales, el viñedo o la ganadería (la aparición de la oveja merina en España).

La *agitación* en los **medios urbanos**, en cambio, tenía características más específicas. Aunque cuando llegan las crisis del siglo XIV se encuentran con que el *patriciado urbano* monopoliza la vida política y económica de los municipios, las distintas **revueltas urbanas** no pueden describirse en términos de *revolución democrática* pues, en numerosas ocasiones, el descontento está encabezado y manejado por burgueses acomodados que desean acabar con dicho monopolio. Además, estas agitaciones no pueden explicarse únicamente por las condiciones económicas, sino que también incidirán en ellas factores como la *anarquía política* o las *inquietudes religiosas*. Estas **conmociones urbanas**, en cambio, al estar **restringidas** a áreas muy determinadas, serán poco duraderas allí donde exista un poder monárquico o gubernamental lo suficientemente fuerte como para ejercer de árbitro

de la situación (revuelta de gremios en París, revolución husita en Bohemia, etc.). Serán protagonistas de estas conmociones, primero, las ciudades flamencas, como Brujas o Gante; y, segundo, algunas ciudades italianas, en donde el deseo de dar entrada al elemento popular en el gobierno fue utilizado, en el caso de Florencia, por los Médicis para convertir el gobierno florentino en un régimen personal hereditario. Es decir, dos siglos de revueltas urbanas que no tendrán resultados estrictamente democráticos, pues la masa popular seguirá sin acceder a los puestos de gobierno. Aunque al menos se produjo la ruptura en muchos casos del cerrado monopolio de las oligarquías.

El comercio en la Baja Edad Media

Los ligeros avances del **comercio** europeo se desarrollarán a partir de las bases conquistadas desde la *revolución mercantil* del siglo XI. El **transporte naval**, como entonces, seguirá siendo el ámbito donde se den los adelantos más importantes mediante el desarrollo en la cartografía o en la arquitectura naval (*urca, galera*), y que tendrá su mejor síntesis en la aparición de la carabela. Por su parte, las **ferias** seguirán proliferando, muchas de ellas como instrumentos secundarios del gran comercio internacional, como la de Medina del Campo en la Península Ibérica. Las **asociaciones** entre comerciantes evolucionarán a partir de la *commenda* hasta convertirse en grandes sociedades y compañías mercantiles, más permanentes y con un carácter más específico (los Peruzzi, o los Médicis); y las **asociaciones** entre hombres de negocios girarán alrededor del arriendo de impuestos o explotación de determinados productos en las colonias. Junto a la importante aparición de la **banca pública** en Italia, como la Banca de San Giorgio de Génova, otros medios complementarios, como la contabilidad por partida doble, el seguro marítimo o la letra de cambio, contribuyeron también a flexibilizar las actividades mercantiles.

En el mundo mediterráneo el comercio se organiza en torno a las factorías de Levante, y cuyos grandes beneficiarios serán Génova y Venecia. Los italianos tendrán, en principio, el monopolio del tráfico mercantil con **Oriente** al amparo de la restauración bizantina y de la ruta de la seda, pero una serie de desastres en el Asia Central y Menor junto con la propia rivalidad obligará a estas dos facciones a redirigir el comercio de nuevo hacia el intermediario musulmán. En **Occidente** el comercio se desarrolla sobre todo alrededor del Tirreno, que a su vez impulsará regiones cercanas; como la confederación catalo-aragonesa, potenciadora del tráfico mercantil en la cuenca occidental gracias a su potente presencia tanto en Cerdeña-Sicilia como en Nápoles. Por otra parte, tras su debilitamiento en Oriente, los grandes éxitos de los **genoveses** fueron su instalación en Sevilla y su penetración económica en el reino nazarí de Granada. Los **venecianos**, aun habiéndose mantenido sólidamente en Oriente, no desdeñaron las posibilidades de la cuenca occidental del Mediterráneo y lograron abrir una ruta que puso en comunicación los puertos de Siria con los del Islam occidental.

La **Hansa** de comerciantes alemanes se trató de una liga de mercaderes que dispuso de una amplia red de factorías a lo largo del norte alemán. Razones de *orden político* incidirán de forma decisiva en los altibajos que el comercio hanseático, pues los monarcas del área báltica se alzarán contra él en más de una ocasión. A lo largo del XV, el **volumen de comercio** hanseático se mantuvo en alza, sin embargo, diversas fuerzas, como las tensiones internas de la propia liga, las tensiones con la Orden Teutónica o la aparición de Inglaterra como potencia mercantil e industrial, entre otras cosas, se revelan como síntomas de un retroceso que, en los últimos años del siglo XV, es ya de franco **declive**. Brujas fue el punto de convergencia de las grandes corrientes de intercambio, pero la crisis

de la industria pañera flamenca, los conflictos internos de la ciudad y la competencia harán que sea sustituida por Amberes como plaza mercantil clave.

A medida que se promocionaban nuevas zonas en el Atlántico, la **Baja Andalucía**, y en concreto Sevilla, se constituye como el nexo entre él y el Mediterráneo y que hará de ella uno de los emporios mercantiles de los siglos bajomedievales. Pero la gran novedad es que Sevilla orientará también sus actividades mercantiles hacia el Atlántico Sur: eje Sevilla-Rabat y, tras su conquista por los castellanos, el eje Sevilla-Canarias. Los **portugueses**, por su parte, contarán con su posición estratégica en el Atlántico, con la pronta conclusión de la reconquista, y con la subida de la casa de Avis, identificada con los objetivos de la burguesía de los centros portuarios de Lisboa y Oporto.

2. La crisis espiritual y las nuevas corrientes culturales

En el periodo del **Pontificado de Aviñón** (1305-1378), el papado se aleja de las turbulencias romanas y consigue dotarse de un eficaz aparato administrativo. La **reorganización** de los servicios, como la Cámara Apostólica (pieza clave del sistema), la Cancillería o la Penitenciaría, (tribunal espiritual); la tendencia a reservarse el **monopolio** en la nominación de beneficios eclesiásticos, golpeando así las potestades del monarca y la aristocracia; y el desarrollo de la **fiscalidad**, en donde los impuestos sobre los beneficios eclesiásticos suponían más de la mitad de los ingresos de la Cámara Apostólica, son claros síntomas de la política de **centralización monárquica** impulsada por los pontífices aviñonenses. Lo que no quiere decir que en Aviñón no se diesen algunos de los primeros frutos del **humanismo**, y que sentarán las bases de lo que en los años siguientes va a ser el Pontificado del Renacimiento.

Después de volver a instalar la sede papal en Roma, el papa **Gregorio XI** muere, y el Colegio Cardenalicio se ve dividido en la elección de un nuevo pontífice: la mayoría se inclinan por **Urbano VI**, el resto lo hace por **Clemente VII**, que seguirá residiendo en Aviñón. La Cristiandad occidental se escinde así en dos bandos y que tendrán marcados tintes políticos (Guerra de los Cien Años), por lo que exigirá una pronta solución: Los aviñonistas apoyados por Francia y los urbanistas por Inglaterra. La intransigente postura de los pontífices posteriores que, incluso tras la **sustracción de obediencia** por parte de los monarcas del Occidente, se negaron a renunciar al poder y a la **vía del acuerdo**, terminó debilitando a la Cristiandad, que forzó la solución más delicada: la vía del **concilio**. Tras un primer intento fracasado, que terminó con **tres** papas sobre el tablero, y gracias al emperador **Segismundo**, los tres sedicentes pontífices fueron finalmente depuestos, quedando así vacante la Santa Sede. Pronto se advirtió la **polarización** de posiciones entre los que consideraban que el Concilio debía proceder a la **reforma de la Iglesia** (bajo clero y el emperador) y entre los que pensaban que antes se debía elegir a un nuevo y único **pontífice** (cardenales). La votación por **naciones** solventaría la disputa al hacer oscilar la balanza hacia el lado cardenalicio, aunque admitiendo una cierta solución de compromiso. Con la elección del nuevo papa, **Martín V**, y la promesa de una reforma, se liquidaría el problema del cisma y se reforzarían las futuras tesis conciliaristas.

En los años que siguen a los intentos teocráticos de **Bonifacio VIII** se empiezan a dibujar los jalones hacia la **secularización de la teoría política**. De acuerdo con las tesis del averroísmo latino, con fuerte raigambre aristotélica, el Estado es tomado como un organismo **autosuficiente** que ha de regirse sin la intromisión de poderes extraños, e incluso puede aspirar a gobernar la Iglesia. Estas

ideas serán entendidas bien como justificación de la **soberanía del pueblo**, verdadera fuente de poder del Estado y vía de la que se nutrirán las tesis conciliaristas, pues la autoridad suprema residirá en los fieles y no en el Papa (**Marsilio de Padua**, **Guillermo de Occam**); o bien, como justificación de la **unidad del poder** bajo la figura del emperador, que supondría la autoridad soberana y política única (Dante). Los deseos de reforma de la Iglesia fueron generales, lo que dará vía libre a diferentes **movimientos heterodoxos** de una extraordinaria virulencia. Algunos tienen sus raíces en el pasado y otros anunciarán la gran eclosión protestante de la Modernidad: el **milenario joaquinita**, que se fundió con las tendencias más radicales del franciscanismo; el clima comunal sería campo abonado para este tipo de movimientos como el dirigido por **Rienzi** en Roma, cuyo objetivo era la restauración de la república romana; el **wiclefismo** (**Juan Wiclef**), que vería en la ley civil la prueba de la ineficacia de la ley evangélica contra el pecado y defendería la interpretación de las Escrituras por parte de los predestinados; el **husismo** (**Juan Hus**), que añadió a los presupuestos wiclefitas la predicación contra los vicios del clero y la corrupción del Pontificado; ser vería nutrido del deseo general de reforma y de unos sentimientos nacionalistas frente a un ahogante germanismo. **Hus** nunca tuvo intención de romper abiertamente con la Iglesia establecida, pero, una vez consideradas como heréticas algunas de sus proposiciones, moriría en la hoguera.

La crítica a la ortodoxia evangélica, junto a la nueva estructura de las Universidades, se traducirá también en la *crítica a la ortodoxia escolástica*, generando los cambios que facilitarán las grandes corrientes *humanistas*. Se va creando en las Universidades una verdadera casta con auténticas *dinastías de profesores* y una fuerte penetración nobiliaria, y la intervención de los poderes públicos las convertirán en centros de formación profesional al servicio de los Estados. No obstante, a partir de ellas se generarán y extenderán las transformaciones intelectuales de la Baja Edad Media. En ellas destacará **Guillermo de Occam**, cabeza del nominalismo y defensor de la ruptura entre fe y razón; y la **Reforma protestante**, que fue *una respuesta a la angustia de fines de la Edad Media*, y que, frente a la teología especulativa tendería a otras vías de carácter *antiintelectualistas*. Este clima de angustia también generará corrientes del **misticismo** bajomedieval, en el que destacan **Eckhart** o **Nicolás de Cusa**. La Italia de fines del Medievo, por otra parte, será terreno abonado para el desarrollo del **humanismo**, donde **Dante**, primero, y **Petrarca**, después, supondrán un paso más en la revalorización de los autores clásicos y del pasado político y cultural de la Roma pagana.

3. Europa: de la Guerra de los Cien Años al autoritarismo monárquico

El Occidente europeo durante la Guerra de los Cien Años

Con la elección de **Felipe de Valois**, tras la muerte del último Capeto, **Carlos IV**, frente a **Eduardo III** de Inglaterra, con mejores títulos, pero extranjero, se gestó la rivalidad anglo-francesa, que dio paso a una guerra generalizada en la que la cuestión dinástica no sería más que uno de tantos factores (el problema de Guyena, la ocupación francesa de Flandes, la intromisión en los asuntos britanos y escoceses, etc.). Las negociaciones emprendidas por **Felipe VI** con la monarquía castellana forzaron a **Eduardo** a la intervención directa sobre suelo francés, a partir de la cual se desencadenarían una serie de victorias inglesas de gran calado en las que el *Príncipe Negro*, heredero de la Corona británica, **Eduardo de Gales**, sería protagonista. La incapacidad del nuevo monarca francés, **Juan II**, culminó al convertirse en prisionero de los ingleses, en una guerra en la que serán usuales las partidas de soldados-bandoleros y las grandes cabalgadas, con el fin de destruir los recursos enemigos. Su

hijo, **Carlos V**, como *regente* del reino aplastaría eficazmente los conflictos internos provocados por la *jacquerie*, y lograría negociar con **Eduardo III** concluyendo en la paz de Bretigny, en la que el monarca inglés renunciaba a sus derechos a la Corona francesa a cambio de la retención de alrededor de un tercio de Francia. Tras la muerte de su padre, **Carlos V** accedió al trono, disponiéndose a rehacer una Francia hundida por la guerra.

En el transcurso de la Guerra, tras ser derrotada la monarquía castellano-leonesa que, tanto con Alfonso XI como con su sucesor Pedro I, mantuvo una actitud francófila, se llegó a un acuerdo anglo-castellano. Esto obligaría a **Carlos V** de Francia a buscar el apoyo de los hermanos bastardos del monarca castellano (**Enrique de Trastámara**), y a los que apoyaría en la guerra civil desatada entre **Pedro I**, apoyado por los ingleses del *Príncipe Negro*, y **Pedro IV** de Aragón, con el fin de sentar en el trono castellano a un rey con cuya ayuda pudiera contar para desquitarse de las humillaciones inglesas. Tras la retirada del *Príncipe Negro*, desengañado, **Enrique de Trastámara** se haría con la victoria, ascendiendo al trono castellano una nueva dinastía. A partir de este momento se asiste a la *reconquista* del suelo francés por parte de **Carlos V** y la ayuda castellana. Finalmente, **Eduardo III** se vería obligado a firmar una humillante tregua en Brujas. En los años inmediatos desaparecerá toda la generación que había combatido en la primera fase de la guerra: Eduardo III, Enrique II de Trastámara y Carlos V. La alianza franco-castellana funcionaría con eficacia hasta la crisis sucesoria en Portugal, en la que el legítimo sucesor, **Juan I de Castilla**, sería derrotado por **Juan**, de la Casa de **Avis**. Esto supondrá el debilitamiento de la posición hegemónica franco-castellana y un cierto restablecimiento del equilibrio en las fuerzas en pugna de la Guerra de los Cien Años.

Sin embargo, la *reacción nobiliaria* al calor de los privilegios de los monarcas, parece ser un síntoma común a todo el Occidente en este largo período de paz. En **Francia**, la enajenación mental que sufrió **Carlos VI** y el posterior asesinato del duque de Orleáns (su hermano), a instigación de **Juan sin Miedo**, duque de Borgoña, devolvió el poder a manos de una nobleza que terminarían por desatar una guerra civil: los *Armagnac* y los *burgoñones*. En **Castilla**, con **Enrique III**, el mantenimiento de la alianza con Francia y el matrimonio del monarca con una hermana de **Enrique IV** de Inglaterra daban al reino una posición de equilibrio. En el interior, se mantuvo una política enérgica contra la alta aristocracia, que fue compensada con el encumbramiento de la pequeña nobleza de servicio. En **Inglaterra**, tras **Ricardo II**, **Enrique de Lancaster** (Enrique IV) accedería al trono, y procedió con energía frente a los linajes más turbulentos y se procuró la ayuda del Parlamento, de manera que legaría a su hijo un sólido Estado dispuesto a recuperar la iniciativa en el continente al calor de la guerra civil francesa.

En **1415** el ejército de **Enrique V**, contando con la inhibición de los borgoñones, ocuparía rápidamente toda Normandía y llegaría a un acuerdo con el demente **Carlos VI** en el que conseguía la retención de Normandía a título personal y, en un intento de unir personalmente las dos Coronas, su matrimonio con la hija del soberano francés, pasando a titularse como *Rey de Inglaterra y heredero de Francia*. Tras la muerte de **Carlos VI** y **Enrique V**, el hijo de este último será reconocido como soberano de la *dobles monarquía* y logrará derrotar al ejército más importante de Carlos VII, poniéndole entre las cuerdas en Orleáns.

La falta de prestigio de **Carlos VII** fue salvada con la llegada de una figura singular a la corte de Carlos: **Juana de Arco**. El sentido místico-político que atribuyó a su misión fue visto por el Delfín como instrumento válido para levantar la moral de su causa. Los acontecimientos posteriores sobrepasaron

las previsiones: el ejército de **Juana** levantó el cerco de Orleáns y derrotó al ejército inglés, hecho que no sabrá explotar el soberano francés. Mal apoyada por **Carlos** y sus consejeros, fracasó ante París, y posteriormente será hecha prisionera por los borgoñones. Condenada al fin como hereje, será quemada en la hoguera. Sin embargo, **Juana** había logrado dar un vuelco radical a la situación pues, tras su campaña, **Carlos VII** y el duque de Borgoña, que vio sus dominios ampliados, se reconciliaron dando comienzo el fin de la *doble monarquía*. El monarca francés sí aprovecharía la ocasión esta vez, y a través de una reestructuración administrativa y la creación de un temible ejército semipermanente, lograría derrotar a los ingleses, recuperando la Corona todos sus territorios. La Guerra de los Cien Años se podía dar por concluida, aunque no así la rivalidad anglo-francesa.

La marcha hacia el autoritarismo monárquico en la Europa Occidental

Tras la guerra, en **Francia**, la institución monárquica había reforzado su prestigio como artífice de la liberación del territorio frente a los ingleses. La obra que inició **Carlos VII** al liquidar la ocupación extranjera, la completaría su sucesor **Luis XI** al enfrentarse a los grandes príncipes territoriales. En primer lugar, se enfrentó a la *Liga del Bien Público*, dentro de la cual el más peligroso era **Carlos el Temerario**, duque de Borgoña, y que conseguiría salir reforzado del enfrentamiento al obtener plenas garantías del rey para sus dominios. A pesar de este temporal fracaso, **Luis XI** obtendría éxitos notorios en Navarra, en el Pirineo Oriental, y en los propios Estados Generales. A partir de este momento, **Luis XI** trabajará pacientemente para procurar la aniquilación de su enemigo borgoñón mediante una sutil diplomacia con el fin de envolverle (suizos, loreneses, el rey **Eduardo IV** de Inglaterra rompe su alianza con **Carlos**). El borgoñón sería derrotado, resultando en su muerte, y dejando que parte de sus Estados fueran incorporados a la Corona francesa. A su muerte, **Luis XI** dejará un Estado cuya solidez interna terminará dirigiendo sus intereses hacia Italia y España.

En **Inglaterra**, la derrota en suelo francés, el retorno a Inglaterra de las fuerzas derrotadas y la sangría económica supusieron un decisivo declive para el prestigio de los Lancaster. La **Guerra de las dos Rosas** estaría motivada por el deseo de la aristocracia de compensar las pérdidas sufridas en el continente. Tras recabar el apoyo de **Carlos de Borgoña**, **Eduardo IV** de York recuperaría la corona frente a los Lancaster. Tras hacer desaparecer a los hijos de Eduardo, **Ricardo III** reinaría efímeramente pues sería finalmente derrotado por el partido de oposición formado en torno a **Enrique Tudor** (Enrique VII). El matrimonio de éste con **Isabel** de York clausuraba el conflicto entre ambas dinastías. Las consecuencias de esta guerra fueron decisivas: la vieja nobleza fue prácticamente aniquilada y la burguesía, en cambio, se sometió a una nueva dinastía que aseguraba el buen desarrollo de sus actividades. Además, el rey lograría utilizar las instituciones como soporte del autoritarismo real y legaría a sus sucesores una monarquía sólidamente estructurada y nacional.

En **Castilla**, la pugna entre la nobleza y la monarquía adquiere bajo **Enrique IV** sus caracteres más dramáticos y anárquicos. La impericia del monarca, junto con la habilidad de la nobleza para esparcir el rumor de la ilegitimidad de su hija **Juana** y, en definitiva, el acuerdo de los *Toros de Guisando*, en el que **Enrique** reconocía a su hermana **Isabel** (futura Isabel I) como heredera, son los síntomas de la inoperancia a la que había llegado la institución monárquica en Castilla. La *crisis político-social* de los **Estados orientales** de la península tienen su eje en la figura de **Juan II**. Las convulsiones de la guerra civil navarra y las más graves de la revolución catalana retuvieron su atención durante toda su vida como monarca. Del lado del autoritarismo monárquico, representado por él, militaron payeses y clases populares, y frente a ellos se conglomeraban los grandes barones y la oligarquía burguesa. La

capitulación de Pedralbes abrió a **Juan II** las puertas de una Barcelona arruinada por las guerras y la crisis económica. Cuando **Juan II** muere, su sucesor, **Fernando II** (V de Castilla) y su mujer **Isabel** ya se habían consolidado en Castilla. La unión personal de los dos grandes Estados peninsulares fue acompañada de una sistemática política de reforzamiento del autoritarismo real: se sometió políticamente a la nobleza en Castilla, y en Aragón se puso especial cuidado en Cataluña, pues era la más necesitada tras la guerra civil. **Fernando** depositaría en el monarca amplias facultades de gobierno.

4. Los turcos otomanos y el fin del mundo bizantino

Se ha hablado para los siglos XIV y XV de una *tercera edad de oro* de la civilización bizantina, pero, en la práctica, las distintas *manifestaciones culturales* no ocultan la grave **crisis** por la que atraviesa el Imperio. Los últimos años del reinado de **Andrónico II** conocen el inicio de una áspera guerra civil donde, a la cuestión dinástica, se unen los intereses de serbios y búlgaros y las querellas religiosas entre partidarios y enemigos de un entendimiento con Roma. Para cuando se logra establecer cierto equilibrio entre estas fuerzas se empieza a revelar ya el nuevo poder del Asia Menor: los **otomanos**. Este nuevo poder islámico se convertirá, a la larga, en los herederos del mundo seldjúcida. Fueron impulsando, desde débiles bases de partida, la creación de un fuerte poder que se vio beneficiado por la desunión de los cristianos, por la posesión del control de las costas del Mar de Mármara (que les permitía alcanzar Constantinopla en cualquier momento) y por haber mantenido el grupo turcomano originario que fue anulando uno por uno a todos los Estados cristianos del espacio balcánico.

No obstante, el mundo bizantino obtuvo un respiro cuando el Estado de Transoxiana, llamado a ser el heredero de los grandes khanes y dirigido por **Timur-Lenk (Tamerlán)**, llegó a extenderse por un vasto territorio que, en sus límites del Asia Menor, toparía con los otomanos. En el centro de la meseta de Anatolia, en la batalla de Ankara, los otomanos sufrieron una terrible derrota de la mano de los mongoles, peligrando las conquistas logradas por los primeros soberanos turcos. A pesar de los intentos de los occidentales para sacar partido de la situación, todos ellos resultarán inútiles. Inicialmente, por la muerte de Tamerlán y la consiguiente descomposición de su Imperio; y posteriormente, por no haber sabido construir un frente común eficaz y duradero antes de la reunificación otomana.

Reducido a una porción de la Tracia y algunos dominios dispersos, el Imperio bizantino era bajo los últimos **Paleólogo**, un Estado muy débil y que no pudo detener el progresivo aislamiento al que fue sometido por parte de los sultanes otomanos. La suerte de los Balkanes quedaba sellada. En **1448** subió al trono el último emperador de Oriente, **Constantino Dragasés**. Tres años más tarde, un nuevo sultán, **Mahomet II**, se propuso como objetivo inmediato la conquista de la capital. El posible apoyo del Occidente se reveló como una quimera. Durante casi dos meses las murallas fueron batidas por la artillería de sitio turca, concluyendo en el asalto general, una auténtica carnicería de la que el último emperador bizantino fue una de las víctimas. En los años siguientes a la toma de Constantinopla por los turcos, estos procederán a liquidar definitivamente los restos del Imperio de Oriente, poniendo fin a toda una época de la Historia.